

DOXA IMPERIAL DESDE LA REPÚBLICA DE BERLÍN¹

Las reflexiones sobre la política mundial desde una perspectiva histórica –a diferencia de las autocomplacientes normativas liberales– no han sido frecuentes en la República Federal Alemana de posguerra. Ni siquiera la breve alternería tras la reunificación que llevó a promover las secesiones de Eslovenia y Croacia apremió una reanudación y puesta al día en los círculos políticos y académicos del rico e inquietante discurso prusiano-alemán sobre la *Macht-politik*. La hegemonía discursiva del «poder del mejor argumento» y su contrapartida geopolítica genscherita de multilateralismo atlantista y política exterior de talonario seguían demasiado firmes. A todos los efectos, la reaparición de la Luftwaffe en los cielos balcánicos, tocándose ala con ala con los aliados de la OTAN en el bombardeo de Yugoslavia, sólo propició otra ronda de celebraciones kantianas. Sin embargo, se había cruzado un umbral. Cuando ya van tres años de guerra en Iraq, deplorada en público pero secundada clandestinamente por Schroeder y Fischer, Herfried Münkler ha roto en *Imperien* los tabúes autoimpuestos, dejando a un lado las consideraciones éticas –naturalmente, sin repudiarlas– para emprender un estudio comparado de la «lógica del imperio» transhistórica, que además de muchas ventas ha contado con abundantes críticas en la República Federal.

Su autor, muy representativo de las mutaciones intelectuales y políticas acontecidas en Alemania en torno al cambio de milenio, comenzó su carrera en los medios izquierdistas de la Universidad de Frankfurt durante las décadas de 1970 y 1980. En su formación como historiador de las ideas fue alumno, ayudante y colaborador de Iring Fetscher, autor de varios estudios sobre el socialismo y compilador de antologías de Marx; a su debido tiempo el propio Münkler entró a formar parte del consejo editorial de MEGA (*Marx Engels Gesamtausgabe*), el proyecto de edición en 114 volúmenes de las obras completas de Marx y Engels². Tras una tesis sobre Maquiavelo, presentó en 1987 una

¹ Herfried MÜNKLER, *Imperien. Die Logik der Weltberrschaft–vom Alten Rom bis zu den Vereinigten Staaten*, Berlín, Rowohlt, 2005.

² El proyecto original, iniciado en Berlín y Moscú en la década de 1970, constaba de 164 volúmenes, de los que van publicados 52. En 1990 se constituyó en Ámsterdam la Fundación Internacional Marx-Engels, que reemprendió la edición de la MEGA en 1992 como proyecto ahora de la Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburgo y en colaboración con una nueva editorial, la Akademie Verlag [*N. del T.*].

Habilitationsschrift sobre la idea de la *razón de Estado* en los albores de la Europa moderna; luego codirigió una edición en cinco volúmenes de una historia de las ideas políticas, se interesó por Clausewitz y Schmitt y finalmente, ya en el nuevo milenio, viene publicando estudios sobre sociología militar, terrorismo y guerrillas³. Tras dirigir durante muchos años la *Politische Vierteljahresschrift*, la principal revista alemana de politología, Münkler forma parte ahora de la Academia de Ciencias de Berlín-Brandenburgo y ocupa la cátedra de teoría política en la Universidad Humboldt de Berlín, puesto para el que fue nombrado en 1992 tras la purga política de los restos del antiguo régimen en lo que fuera buque insignia de la República Democrática Alemana en el campo académico. Si en otro tiempo publicaba sus comentarios en *Tageszeitung* –el equivalente más próximo en Berlín a un diario de izquierdas radical y contracultural, aunque invertebrado–, actualmente goza de los aplausos de *Die Zeit* y de las atenciones del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, en cuya Conferencia de Embajadores se presentó originalmente *Imperien* en 2004 mediante una ponencia sintética de su contenido.

El texto en cuestión, presentado como sociología histórica comparada de los imperios, trata de inducir la dinámica y características esenciales del imperio como concepto típico-ideal, con vistas a clarificar el actual proyecto estadounidense y la necesaria respuesta complementaria europea. En una reducida cantidad de páginas cubre un extenso ámbito, desde los imperios nómadas de las estepas de Asia central y las grandes civilizaciones de la Antigüedad hasta los órdenes imperiales griego, persa, romano y chino y sus sucesores otomano, portugués, holandés, español, francés, ruso, británico y soviético. El interés de Münkler, según declara él mismo, no es tanto extraer lecciones de ese acopio de experiencias del pasado, sino identificar regularidades en el espectro político, independientes en gran medida de la voluntad de sus protagonistas. Pretende así que lo que ocupe el centro de la escena sea la «física política», no el «arte de gobernar». Lo que importa son los «imperativos» más que la «política» del imperio. «Un planteamiento centrado en la lógica del imperio y sus imperativos de acción atribuye [pues] menor importancia a la influencia y decisiones de los agentes y trata más bien de identificar las estructuras y premisas que definen su margen de maniobra.»

¿Cuáles son, pues, para Münkler, los componentes esenciales de los imperios? Si los Estados se definen clásicamente por la soberanía, la territorialidad dotada de fronteras y la integración interna homogénea, todo lo cual genera relaciones internacionales recíprocas y (en principio) jurídicamente iguales, los imperios no son simplemente versiones más amplias, unidades magnificadas, pero parecidamente demarcadas, de un pluriverso geopolítico, sino algo totalmente distinto: sistemas de dominio jerarquizado sobre otras comunidades políticas (clientes o satélites) que gozan de un *status* subordinado y dependiente, sometidas permanentemente a la intervención y al control político directo o indirecto. En el seno de tales imperios hay siempre también un gradiente

³ Herfried MÜNKLER, *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia* [2002], Madrid, Siglo XXI, 2005 [N. del T.].

interno de integración administrativa y legal, desigual y decreciente, desde el centro a la periferia, con zonas fronterizas semiporosas y cambiantes que tienden a dejar salir pero sólo selectivamente a dejar entrar. Durante su formación inicial no se puede discernir una gran estrategia, tesis que supone la aceptación de buen grado por parte de Münkler de la presuntuosa idea de Seeley de que el Imperio británico se creó «de forma totalmente involuntaria». La dinámica imperial no se puede reducir al impacto del centro sobre la periferia, sino que está codeterminada por las interacciones entre uno y otra. Si bien el poderío militar y económico es el pilar que sostiene los imperios, éstos también precisan de un discurso legitimador que mantenga la atracción hacia el redil imperial: paz eterna, prosperidad, civilización, mercados libres, fomento de la democracia, derechos humanos. Esta misión constituye un discurso autovinulante más que una ideología en el sentido clásico; no es ni un conjunto de señuelos deliberados ni una forma de autoengaño, sino un compromiso normativo que a la vez restringe el dominio imperial y relega a la barbarie a los que se oponen al mismo. Si falla el poder de atracción, se puede proclamar una guerra justa que criminaliza al enemigo imponiendo un nuevo orden legal internacional: el *iustus hostis* se convierte en un Estado delincuente. Internamente, esa misión aúna a la población metropolitana racionalizando y legitimando los sacrificios tributarios y militares.

Los verdaderos imperios, insiste Münkler, si desean ser *Weltreiche* [tener alcance mundial] y no únicamente *Großreiche* [ser extensos], necesitan no sólo una expansión que se imponga en el espacio, sino también una duración sustancial en el tiempo. Necesitan decisivamente una capacidad de regeneración transgeneracional una vez que se agota la fase inicial de despegue carismático. Por esa razón —lo que resulta conveniente, por supuesto, para los actuales propósitos— las aventuras imperiales de Napoleón, Bismarck y Hitler (y más perversamente las japonesas) quedan fuera del cuadro. De hecho, los imperios reales tienen que haber pasado al menos por un ciclo de ascenso y declive, más un nuevo periodo de ascenso. Espacialmente, los imperios tienden a ser coextensivos con sus «mundos», en el sentido de que la coexistencia entre imperios y el reconocimiento mutuo es una *contradictio in terminis*, que lleva ineluctablemente al conflicto interimperial. Constituyen una excepción aquellos casos en que coexisten «imperios paralelos» que no llegan a interactuar debido a su distancia geográfica, como en el caso de la Roma imperial y la China de los Han. La línea tendencial histórica, en cualquier caso, conduce a una congruencia espacial entre un solo imperio y el globo (lo que de aquí en adelante incluye el espacio exterior), aunque el impulso hacia el imperio informal imprime un carácter transglobal, más que global, al proyecto estadounidense. Aunque Münkler acepta hipotéticamente la hegemonía como posible tercera categoría, definida por el predominio sobre un grupo de agentes formalmente iguales entre los que la potencia hegemónica asume la posición de *primus inter pares*, en la práctica su clasificación esencial de las comunidades políticas se agota en un dualismo fundamental Estado-imperio.

¿Cuáles son los imperativos que distinguen al dominio imperial? Dentro de su esfera de dominio, los imperios están obligados a la intervención políti-

ca o militar para mantener su credibilidad, prestigio, y, en último término, su poder e influencia. Aquí la neutralidad no es una opción aceptable: Tucídides explica en el «Diálogo de Melos» [*Historia de la guerra del Peloponeso*, libro v] las razones por las que los satélites deben mantenerse ligados y subordinados al proyecto imperial común. Melos no podía permanecer apartada del conflicto entre Atenas y Esparta; o, con palabras más recientes, «quien no está con nosotros está contra nosotros». En cuanto a las relaciones interimperiales, están gobernadas por la competencia geopolítica permanente sobre el rango relativo y la pretensión de establecer una jerarquización, competencia basada en las exigencias de la política de potencia y que se manifiesta en una serie de guerras asimétricas –típicamente por tercero interpuesto–, contra potencias periféricas menores, con las que se muestra a los rivales imperiales la propia preeminencia y capacidad bélica. En último término, y cuando no queda otro remedio, el destino del orden mundial se decide mediante guerras interimperiales.

Si bien la construcción teórica expuesta hasta ahora ofrece una presentación casi realista de los campos de fuerza geopolíticos, en un capítulo central Münkler regresa a la política interna que gobierna la trayectoria de los imperios, y tras evocar los ciclos políticos de Polibio y Maquiavelo, recurre a las cuatro fuentes del poder social (ideológica, económica, militar y política) de Michael Mann y a la idea del «umbral augustiano» de Michael Doyle para rechazar los modelos economicistas o monocíclicos del ascenso y declive imperial, en favor de explicaciones multifactoriales y pluricíclicas de los ritmos variables de ascenso y declive. En cuanto a esas dos muletas teóricas, saca mayor partido de la segunda que de la primera. En la versión de Doyle, el momento augustiano se refiere a una serie de reformas morales y constitucionales fundamentales –en Roma, el aval de Octavio a la transición del republicanismo descentralizado al gobierno autoritario recentralizado– con las que los imperios culminan sus fases de expansión militar y entran en largos periodos de consolidación sociopolítica y orden imperial.

Tras alcanzar ese umbral, la relación de explotación centro-periferia basada en el poderío militar da paso a una era de paz civilizada en una zona homogénea; las exacciones arbitrarias de los procónsules se metamorfosean en una regulación tributaria a escala del imperio; y el *status* político diferenciado entre los pueblos conquistados en una ciudadanía imperial común; se difunde así la prosperidad mediante la inversión generalizada y proyectos infraestructurales. La exitosa conversión por Octavio del poder militar en político, una revolución burocrática puesta en práctica por una elite administrativa incorruptible, transformó el imperialismo depredador de la *res publica romana* en un benéfico *imperium romanum*, coronado por la nueva ideología de la *pax romana*. Así se inició un siglo de estabilidad y gloria imperial, y aunque a partir de Trajano se inició el declive, éste se frenó y se detuvo, e incluso se pudo invertir esporádicamente mediante nuevas reformas asociadas con los nombres de Diocleciano, Constantino y Teodosio. Münkler concluye que «las comunidades políticas atraviesan varios ciclos de ascenso y declive y el número de ciclos y la duración de cada imperio en

el cenit cíclico depende esencialmente de la capacidad y habilidad de sus dirigentes políticos». Esta sorprendente *volteface*, que contradice abiertamente su insistencia inicial en la primacía de las condiciones estructurales y en la inmaterialidad de la agencia, se lleva a cabo sin más comentarios.

Tras analizar el ascenso y consolidación de los imperios, Münkler aborda la lógica de su declive. Ahí abandona su programa estructuralista, sustituyéndolo por un modelo más dinámico de acción y reacción. Los imperios, si no son directamente derrotados en guerras interimperiales, corren los acostumbrados riesgos de hiperexpansión e hipercompromiso, esto es, un desequilibrio entre aspiraciones y recursos, ya considerado por Clausewitz como el punto culminante en una campaña militar, tras el que los costes de una ofensiva superan a sus beneficios. Tal hiperexpansión exige típicamente la retirada de regiones económica y estratégicamente secundarias. Aunque esta argumentación, un tanto mecanicista, sea difícilmente objetable, Münkler se sitúa en un terreno algo más original al considerar las estrategias asimétricas puestas en práctica por las fuerzas antiimperiales. Combinando su propia insurgencia con los conflictos hegemónicos, los movimientos de liberación nacional pueden instrumentalizar las rivalidades interimperiales y ponerlas al servicio de sus propios propósitos, como sucedió con la provocación serbia a Austria-Hungría que generó la guerra interimperial entre la Triple Alianza y la Triple Entente en 1914. No menos eficaz e igualmente habitual es la guerra de guerrillas: fuerzas clandestinas que evitan las batallas frontales y se niegan a capitular, llevando a cabo una prolongada guerra de desgaste mediante ataques de baja intensidad pero muy precisos contra el poder ocupante: la *guerrilla* española contra Napoleón, la resistencia yugoslava contra los nazis, así como las guerras anticoloniales en Argelia, Vietnam, Afganistán y otros lugares. Como decía Kissinger, los guerrilleros ganan con tal de que no pierdan, mientras que las fuerzas convencionales pierden a menos que ganen.

La lógica de la guerra de guerrillas, no obstante, se desvanece si el imperio formal se convierte en un imperio informal. Cuando esto sucede, el terrorismo se transforma en la forma más eficaz de lucha antiimperial: un nuevo modo de creatividad estratégico-táctica contra un enemigo cuya malla de poder está constituida por flujos de capital y medios tecnológico-militares de vigilancia y control de largo alcance. Dada la ausencia física del poder imperial en el área indirectamente controlada, los terroristas tienen que llevar a cabo la lucha contra objetivos civiles en el propio centro, como el 11 de Septiembre. Ésta es la principal diferencia entre la guerra de guerrillas y el terrorismo. Común a ambas es la deslegitimación en la periferia de las promesas imperiales de seguridad, prosperidad, civilización y legalidad. Lo específico de las formas actuales de terrorismo transnacional es la negación del discurso imperial en el corazón metropolitano, socavando la legitimidad hegemónica en su propio suelo patrio al desenmascarar los límites de su supuesta misión autovinulante mediante la provocación de reacciones desproporcionadas: seguridad de la patria, menosprecio del derecho internacional, degradación de los aliados a vasallos, escalada de la violencia, etc., todo lo cual culmina en costes crecientes y exacciones tributarias más altas.

Lo que distingue, además, al terrorismo contemporáneo de la guerra de guerrillas del siglo pasado es la alianza que esta última estableció tan a menudo con el marxismo como programa político-económico reconocible de una vía alternativa, no capitalista, de desarrollo nacional. El terrorismo internacional actual, en cambio, está basado en un antiimperialismo existencial que constituye una versión radicalizada de la política identitaria, trabando religión, etnia y cultura sin una perspectiva creíble de ponerse a la altura de las economías de mercado o de superarlas. El combatiente suicida simboliza este cambio, que hace imposible cualquier tipo de compromiso o coexistencia. El objetivo del terrorismo transnacional no es la liberación, sino la devastación. La estrategia y la táctica se confunden en una misma cosa: la guerra se hace absoluta. Los intentos de los Estados antiimperiales de adquirir capacidad nuclear pretenden reequilibrar los recursos estratégicos y asegurar cierta inmunidad frente a las provocaciones del imperio. Los tratados de no proliferación representan la contraestrategia imperial para mantener un liderazgo tecnológico-militar crucial, especialmente cuando van de la mano con garantías de seguridad para los clientes imperiales. Si no tienen éxito, hay que poner en práctica medidas preventivas de contraproliferación: Corea del Norte representa la inmunidad e Iraq la contraproliferación; Irán está cruzando el umbral de esta última a la primera.

Imperien pretende explícitamente construir un modelo transhistórico del imperio, y lleva como subtítulo «La lógica de la dominación mundial desde la antigua Roma a Estados Unidos». Pero lo que va construyendo cuidadosa y sistemáticamente –rasgos, imperativos, dinámicas, amenazas– se desintegra, incluso en el transcurso del propio texto, confrontado a los ejemplos históricos. ¿Cruzaron todos los imperios el umbral de Augusto? No lo hicieron la España de los Habsburgo, la Rusia zarista ni la China de los Qin. ¿Produjeron todos los imperios una misión imperial de fomento de la paz y la prosperidad en la periferia? No fue así en el caso de los imperios nómadas de Genghis Kan y sus sucesores, ni en el de los conquistadores⁴ españoles, y muy desigualmente en el de los británicos. ¿Chocaron necesariamente todos los imperios en guerras hegemónicas de sucesión? No lo hicieron estadounidenses y británicos, ni siquiera soviéticos y estadounidenses. En cada eslabón a lo largo de la cadena conceptual se deja ver que una plétora de determinantes muy variados y específicos definen la *raison d'empire* de cada imperio particular. Con otras palabras, lo que en definitiva da cuenta de cada cruce del umbral augustiano, ciclo imperial, construcción de misión ideológica, gestión de las relaciones centro-periferia, incidencia de guerras hegemónicas, inicio del declive, etc., resultan ser constelaciones históricamente únicas de circunstancias internas y externas que condicionan la política del orden dominante en cuestión.

Así, como con todos los intentos parecidos de generar conceptos universales a partir de tipos ideales sociológicos, Münkler se ve obligado a hacer continuas concesiones, excepciones y contracciones, introduciendo simultáneamente todo un conjunto de subtipos (imperios continentales frente a

⁴ En castellano en el original [*N. del T.*].

oceánicos, comerciales frente a militares, formales frente a informales) que se ven a su vez sometidos a nuevas matizaciones cuando se acorta la distancia de la abstracción a la concreción en cada caso particular. De hecho, aunque el libro trata de demostrar una «lógica» ubicua del imperio, lo que de hecho muestra, una y otra vez, son diferencias fundamentales en las pautas de desarrollo y en la política exterior de los casos que incluye. Ese registro histórico tan variado obliga a Münkler a desistir gradualmente, *sotto voce*, del universal analítico que su obra pretende presentar, en favor de comentarios discretos sobre tal o cual experiencia contingente. Si bien, en principio, una estrategia intelectual que a partir de un conjunto de imperios históricos seleccionara atributos comunes, capaces de dar lugar a un concepto razonablemente coherente y con la suficiente precisión definitoria como para distinguir los imperios de otras entidades políticas, podría ser de algún valor heurístico, esa misma estrategia veda de por sí cualquier posibilidad de utilizar el mismo concepto para distinguir entre distintas experiencias imperiales. Concepto e historia permanecen muy alejados. En último término, la idea del imperio de Münkler degenera y se descompone a lo largo de su libro en una cáscara semántica vacía con escasa capacidad discriminatoria. ¿Pero qué otra cosa podríamos esperar de un estudio que cubre varios milenios? Después de todo, ¿por qué tendrían que ajustarse a una pauta común imperios de tan diferente envergadura, dinámica socioeconómica, estructura institucional, nivel de civilización, sistema de creencias, organización militar y entorno geopolítico? ¿Por qué tendría que haber *una sola* racionalidad en el comportamiento imperial, *una* «lógica del imperio»?

Por supuesto, no la hay. Lo que nos queda, en efecto, no es más que la forja de analogías. Una sociología histórica comparada requiere la explicación de especificidades y variaciones. ¿Obliga esto a abandonar la teorización para dedicarse a las espesas narraciones idiográficas? En absoluto. Para entender por qué no, basta examinar la distinción poco explorada por Münkler entre imperios informales (no territoriales y despolitizados), basados en flujos comerciales, e imperios formales (político-militares) basados en la conquista territorial. Esa dicotomía, introducida en forma narrativa, no se convierte en ningún momento en una clara distinción categórica entre imperios capitalistas y no capitalistas. De hecho, tal distinción no puede aparecer en la tipología de Münkler, ya que se niega a investigar la génesis y la dinámica social de los imperios, optando en su lugar por una sociología política de la dominación adornada con referencias canónicas a Mann. Se puede ver de inmediato lo romo que es ese instrumento en la forma en que contrasta imperios –asirio, mongol– que se reproducen mediante la exacción político-militar de un excedente, con otros cuyo mecanismo esencial de explotación se basa en el intercambio y el comercio:

La expansión militar, cuyo despliegue es por regla general terrestre, está organizada *políticamente*. Tiene como eje a un gobernante o una elite político-militar, que crea las condiciones para la expansión y dirige y organiza directamente las operaciones militares. La expansión comercial, en cambio, puede llevarse a cabo también por agentes privados, a menudo empresas comercia-

les [...] No crea un dominio territorialmente cerrado, sino que más bien combina diversas áreas en una zona comercial compleja, conectada mediante redes comerciales que organizan el intercambio económico.

De acuerdo con este argumento, los sistemas comerciales portugués, holandés, británico y estadounidense representan variaciones menores en la lógica de la construcción comercial del imperio, categóricamente diferentes de los imperios territoriales basados en el poderío militar. En una inspección más detallada, no obstante, la distinción entre público y privado, militar y comercial, territorial y no territorial, continental y oceánico no se tiene en pie, ya que, aunque en general fueran empresas comerciales semiprivadas las que dirigían los imperios comerciales portugués, holandés, y al principio el británico, esas compañías estatutarias seguían dependiendo directamente del patrocinio político y del poder militar de la Corona que vendía las licencias, incluso en el caso de las compañías por acciones holandesas y británicas. Esa «asociación entre lo público y lo privado» —una alianza entre las empresas y la Corona— creó a su vez imperios comerciales marítimos exclusivos en los que se fijaban políticamente los términos de intercambio. La monopolización de determinados productos y rutas comerciales requería, a su vez, de la militarización y la protección diplomática de sus redes comerciales —convoyes, armadas, flotas mercantes—, que generaron varios imperios intercontinentales «territorializados», si bien de carácter marítimo, coexistentes. En ese escenario, la rivalidad interimperial por zonas comerciales exclusivas adoptó habitualmente la forma de conflictos navales. El mar no estaba abierto, sino cerrado. Esta forma de intercambio precapitalista y la correspondiente competencia geopolítica seguían basadas en el poder político-militar de la metrópoli, que trataba de mantener, mediante la exclusión política y la regulación de la competencia, las diferencias de precios entre mercados externos vinculados, pero no integrados. Los grandes beneficios se obtenían en la esfera de la circulación, comprando barato y vendiendo caro. Por la misma razón, resultaba casi imposible alcanzar una igualación a largo plazo de la tasa de ganancia para determinados comercios en las múltiples zonas comerciales imperiales. De ahí se sigue que no existía un mercado mundial, por lo que tampoco podía haber precios mundiales. Con otras palabras, esos circuitos politizados de intercambio creaban imperios formales, aunque potencias relativamente débiles como Portugal o los Países Bajos se vieran a menudo obligadas a restringir sus ambiciones al control sobre puertos y puestos comerciales estratégicos sin poder incorporar amplios territorios del interior: imperios confeti.

Esta constelación iba a ser sustituida por el imperialismo del libre comercio, más que por el comercio *tout court*, gracias al respaldo proporcionado por el desarrollo conjunto en Gran Bretaña de un sistema capitalista de producción y de formas capitalistas de soberanía y dinámica imperial. Cuando ese tipo de soberanía se generalizó en la Europa del siglo XIX, empero, nunca se limitó a su propio territorio, sino que ya contuvo una lógica transterritorial, expresada en los flujos de capital que cruzaban fácilmente las fronteras. En los países capitalistas, las actividades de la sociedad civil en aquella época ya trascendían los confines territoriales de «sus» Estados. El comercio en-

tre países capitalistas podía asumir ahora una forma no basada directamente en la acumulación geopolítica y la rivalidad interimperialista, sino en la competencia económica entre agentes privados en un mercado universal. El carácter transversal del intercambio capitalista y la competencia generalizada pueden dejar intactos, en principio, los territorios políticos: soberanías múltiples. De hecho, a menudo fue requisito previo para la formación de Estados formalmente independientes en la «periferia» poscolonial: imperio informal. Dado que Münkler no dispone de un concepto de capitalismo (sólo de actividad comercial), tampoco conceptualiza los orígenes del mismo, lo cual le lleva a subsumir experiencias muy diferentes de explotación en ultramar bajo la rúbrica común de imperios comerciales.

Tales reflexiones no deberían reemplazar un tipo ideal estructuralista –la lógica del imperio– por otro –la lógica del capitalismo–, ya que tampoco esta distinción entre imperios no capitalistas y capitalistas es absoluta, y los imperios capitalistas adoptaron estrategias de territorialización –la dimensión geopolítica de su estrategia más amplia de reproducción– que contravenían cualquier lógica pura de imperio informal. El examen más superficial de la historia de las relaciones internacionales revela una amplia variedad de configuraciones diferentes entre territorialidad y Estados capitalistas. Desde el establecimiento del sistema comercial liberal de la *Pax Britannica* y el «nuevo imperialismo» de Salisbury o Chamberlain, con sus oscilaciones entre imperio «formal» e «informal», pasando por las ideas de la *Geopolitik* alemana de un *Lebensraum* territorialmente expansivo y económicamente autárquico y el proyecto japonés de «Gran Esfera de Coprosperidad del Oriente Asiático», hasta el orden mundial liberal de posguerra patrocinado por Estados Unidos (pero multilateral) y la actual integración europea, el registro histórico exhibe una inmensa variabilidad en el nexo entre Estados capitalistas y proyectos de territorialización. Negar estas fluctuaciones históricas como desviaciones de una correlación «formal» entre el capitalismo y el sistema de Estados clásico significaría reificar una visión estructuralista de un orden internacional esencialmente invariable. Lo cierto es que los Estados capitalistas han adoptado diferentes «estrategias de territorialización», que van desde la concesión de una total independencia jurídica a Estados subalternos en proyectos semihegemónicos como la Unión Europea, hasta sistemas de control territorial directo en la búsqueda del *Lebensraum* o «imperio formal». Lo que se requeriría para una comprensión de esas diversas estrategias de espacialización es una perspectiva centrada en la agencia que ponga de relieve la política –variable– de territorialización, más que una lógica del imperio o una lógica del capital.

Una vez concluido su repaso histórico-conceptual, Münkler procede en el último capítulo de *Imperien* a extraer consecuencias para la coyuntura actual. ¿Dónde estamos hoy en términos del umbral augustiano? ¿Cómo se adecuan sus reflexiones sobre la constelación geopolítica que vincula a Estados Unidos con la Unión Europea con sus descubrimientos históricos? A este respecto, frente a las afirmaciones de que estamos siendo testigos del final de una época imperial (defendidas, entre otros, por su inspirador Michael Mann) y del amanecer de un nuevo orden mundial, anunciado por Ulrich Beck o Jürgen

Habermas, de «gobernación» global, con una inspiración previsiblemente humanista –ideas repetidas por innumerables observadores desde el final de la Guerra Fría–, Münkler nos recuerda el destino de los espacios posimperiales. La *Historia del siglo xx* de Hobsbawm le sirve como referente. El desmantelamiento de los imperios Habsburgo y otomano y la reducción de tamaño de la Rusia soviética en Versalles y Brest Litovsk no produjeron un orden posimperial estable en el este y sudeste de Europa. La autodeterminación nacional era una quimera idealista, y en las circunstancias definidas por el declive británico y el aislacionismo estadounidense invitaban a la restauración del orden imperial, simbolizado por el apretón de manos entre Molotov y Ribbentrop en Moscú. Con el pacto entre Hitler y Stalin, la geopolítica venció a la ideología.

Dinámicas similares se repitieron en los ciclos poscolonial y postsoviético de la historia más reciente. La descolonización y la formación de Estados poscoloniales estaban determinadas por la Guerra Fría, del mismo modo que los Estados poscoloniales seguían dependiendo del apoyo directo imperial mediante la división del mundo en un orden bipolar. La era posterior a la Guerra Fría mostró que esos Estados –en África, Oriente Próximo y Medio, el Cáucaso, Asia central, Centro y Sudamérica (*sic*) y partes del sudeste de Asia– eran artefactos defectuosos, que requerían la reestabilización imperial. Los Estados herederos de la URSS fueron reintegrados o apuntalados por agentes imperiales –Unión Europea, Rusia, Estados Unidos– o se hundieron en la categoría de «Estados fracasados». La situación posimperial descansa sobre una paradoja: requiere un poder imperial que proporcione estabilidad y orden hasta que los agentes posimperiales se fortalezcan como Estados independientes, lo que Niall Ferguson ha llamado el «imperialismo del antiimperialismo». El «corto siglo xx» de Hobsbawm confirma la sangrienta dialéctica entre orden imperial y configuración múltiple de Estados. Se podría incluso decir que los sistemas de Estados, o lo que se conoce erróneamente como «sistema de Westfalia», son una excepción, más que la regla, en la historia del mundo. O dicho con mayor crudeza: los sistemas de Estados requieren la presencia de garantes imperiales.

Dados estos precedentes históricos, el actual unilateralismo de la política estadounidense se mantiene dentro de la lógica del imperio. No es la expresión de una revolución neoconservadora en la administración estadounidense, sino el resultado de imperativos históricos del imperio, impulsados no tanto por la beligerancia subjetiva del centro como por las demandas objetivas de una periferia que se desmorona. Pero en esa trama hay una nueva deriva, ya que Münkler detecta un dilema en el propio núcleo de la política exterior estadounidense. Evitando cuidadosamente el modo indicativo y sustituyéndolo por el condicional, presenta el siguiente escenario:

Estados Unidos se vería a sí mismo esencialmente como garante de la intensificación de relaciones económicas entre Europa, Estados Unidos y Asia oriental, asumiendo el papel de un «capitalista conjunto ideal» [*ideeller Gesamtkapitalist*] [...] cuyos deberes más importantes serían asegurar la ordenación legal de ese espacio económico, evitar la competencia militar en él, reafirmar la es-

tabilidad monetaria y de los intercambios comerciales, mantener la superioridad tecnológica sobre su entorno más inmediato y proporcionar seguridad frente a las amenazas externas; en resumen: llevar a cabo las tareas que le responderían tras atravesar el umbral augustiano.

La dificultad actual es, sin embargo, que esta perspectiva se ve contradicha por otra no menos convincente, al menos para muchas fuerzas estadounidenses significativas: la difusión de la democracia y los derechos humanos hasta los rincones más lejanos de la tierra. Existe una tensión entre la misión imperial, en principio de un alcance sin límites, y el interés imperial, limitado a las tres zonas mencionadas; tensión no regulada por el ultraimperialismo, sino supervisada por el hiperimperio. Münkler sugiere prudentemente que un compromiso mesiánico con los derechos humanos podría constituir un «lujo moral» que negaría la lógica del imperio. «Una política imperial inteligente se apartaría de los problemas globales asegurando su propia pervivencia mediante la erección de “fronteras imperiales frente a la barbarie”.» Evidentemente, las cosas no son así de simples. Una intervención militar masiva lejos del núcleo imperial se ajusta a la lógica del imperio si lo que está en juego son recursos estratégicos. El petróleo es el «talón de Aquiles» del imperio estadounidense, fuera de su perímetro natural pero vital para su reproducción económica, por lo que justifica –muy sensatamente– muchas expediciones al Golfo:

Las intervenciones militares destinadas a la salvaguarda y control de las reservas de petróleo son racionales y están dentro de la lógica de un imperio orientado hacia la prosperidad económica; las intervenciones para poner fin a las guerras civiles fuera del bloque imperial, en función de la construcción de la nación, son irracionales.

Pero ese planteamiento tiene un inconveniente. Dada la misión imperial –paz, prosperidad, libertad, civilización–, algunos podrían objetar la persecución abierta del interés imperial en una era de democracia y cobertura global por los medios. Cuando una fuente autónoma del poder estadounidense, la fuerza militar, se excede, otra fuente autónoma del poder estadounidense, la atracción ideológica –el «discurso autovinculante»–, se repliega. El mayor peligro para Estados Unidos, concluye Münkler, no es el exceso imperial, sino «la sobrecarga moral».

Todo esto supone, naturalmente, que Estados Unidos ha cruzado el «umbral augustiano». ¿Pero es realmente así? Münkler se engaña o nos engaña. De hecho, cuando llega al presente, se hace obvio que esa idea es contraproducente o superflua, ya que, si todavía no lo ha cruzado, habría que rechazar la factura que nos pasa el imperio estadounidense como un imperio político pacificado, dado que la persistencia de operaciones militares «fuera de su área» dirigidas por lo que seguiría siendo una unidad demócrata-republicana contradice la lógica posumbral del imperio, esto es, la consolidación imperial interna; por otro lado, para corroborar que sí lo ha cruzado habría que mostrar que la UE y Asia oriental se han incorporado o subsumido en el imperio estadounidense, y que en Estados Unidos ha tenido lugar alguna contrapartida constitucional de la transición del gobierno republicano-demócrata

ta al autoritario-imperial. Tampoco es fácil constatar mucha coherencia en la política exterior estadounidense desde el final de la Guerra Fría, cuando proliferaban los cambios de política y los correspondientes discursos «autovinculantes»: desde la «supremacía en todo el espectro», pasando por la «preeminencia estadounidense», a los «derechos humanos» y el «fomento de la democracia»; desde la «contraproliferación» al «cambio de régimen»; desde la «guerra contra el terror» de nuevo a la «construcción de la nación». El hecho, bien simple, es que Washington no es Roma y que Bush no es Augusto, ni siquiera —dejando a un lado los vahos liberales— Nerón o Calígula. Las contradicciones en que se enzarza Münkler a este respecto no son simplemente el resultado de intentar introducir una coyuntura geopolítica compleja en el lecho de Procurto de una lógica imperial objetivada producto de su propia imaginación, sino el producto de su asombrosa omisión del campo geoestratégico más amplio de fuerzas internacionales. El ascenso de China, y en menor medida la reafirmación de Rusia y la India, quedan fuera del cuadro.

¿Qué puede hacer uno con *Imperien*? Hablando intelectualmente, podría parecer a primera vista una especie de regreso a la imponente tradición de las reflexiones sociológicas e históricas alemanas sobre el Estado y el poder —y muy en particular también sobre el imperio— que dieron lugar a las grandes obras de Hintze y Weber. Pero aunque la óptica imperial de Münkler recuerda al primero, y su recurso a los tipos ideales al segundo, en cualquier sentido sustancial se trata de conexiones demasiado tenues. La profundidad de la construcción comparada de Hintze de las conexiones entre feudalismo, religión e imperio, la pasión de los procesos de racionalización histórica mundial de Weber, quedan lejos. Schmitt y Clausewitz son presencias ausentes, mientras que el renacimiento neorankeano en la historiografía alemana pasa en gran medida inadvertido. Las afinidades reales de Münkler, como las de la gran mayoría de sus colegas, se sitúan en la anglosfera, pero, medido con la vara de las principales obras históricas de los pensadores estadounidenses en ese campo, *Imperien* resulta una contribución demasiado liviana.

Al principio de su obra, Münkler señala que «si distinguimos entre teorías del imperio y teorías del imperialismo, podemos dejar atrás la perspectiva normativo-evaluativa que es común a prácticamente todas las teorías del imperialismo y tender a un planteamiento más descriptivo-analítico a fin de captar los imperativos de acción imperiales». La primera parte de esta frase se ajusta a la pretensión de *Imperien* mucho más que la segunda. Münkler, aunque sólo sea por su pasado, conoce bien las teorías modernas del imperialismo, marxistas y no marxistas; pero son éstas sobre todo las que desea desterrar de la «lógica del imperio». El imperialismo va asociado a ideas muy incómodas: genocidio, racismo, patrocinio de guerras entre comunidades, desplazamientos masivos, particiones, saqueo, desposesión, esclavitud, violaciones, epidemias, hambrunas, por nombrar sólo unas pocas. Hasta la reflexión más apresurada sobre las tensiones entre el discurso imperial «autovinculante» y la realidad imperial requeriría prestarles cierta atención, pero desaparecen de escena en *Imperien*. Esto no significa, sin embargo, que Münkler abandone una «perspectiva normativo-evaluativa», como afir-

ma hacer. Simplemente, invierte los valores en lo que equivale a otra contribución al género emergente de la rehabilitación del imperio.

¿Y cuál es su mensaje político? Esencialmente, que la época del sistema clásico de Estados basado en la soberanía territorial, la reciprocidad diplomática y la simetría política, como modelo de un orden global, ha quedado atrás. El actual impulso imperial de la política exterior estadounidense no sólo está inserto en la tendencia histórica de la dinámica cíclica de los imperios, sino que es de hecho deseable, como medio necesario para estabilizar el orden mundial frente a los intrusos amenazantes: terroristas, emigrantes y Estados fracasados. La Unión Europea, por su parte, tiene que convertirse en un «sistema subimperial» centrado en el eje formado por Berlín, París y –crucialmente, según espera Münkler, en el próximo futuro– Londres. A este fin, sus relaciones internas tienen que agilizarse para dar lugar a un sistema más funcional y jerárquico, y sus fronteras transformarse en zonas flexibles de derechos diferenciados y retráctiles, vigiladas por una política exterior y de seguridad común, con la correspondiente fuerza de choque para intervenir donde sea necesario en sus lindes oriental y sudoriental. El premio es obtener –no en conflicto, sino en cooperación con el soberano estadounidense– un lugar bajo el sol.

Con estas prescripciones, la aparente neutralidad de Münkler, que invoca el registro objetivo de la historia en nombre de la formación de conceptos científico-sociales, zozobra y resurge como un conjunto de recomendaciones políticas recargado normativamente: un manual para un imperialismo germano-europeo puesto al día para el siglo XXI. Aunque a Weber no le habría resultado demasiado difícil abrazar esa nueva diplomacia de las cañoneras, su honradez intelectual no le habría permitido ocultar las convicciones *gesinnungsethische* [relativas a la ética del sentido] tras la máscara del análisis científico, ya que, al fin y al cabo, las prescripciones geopolíticas de Münkler no son el producto de una deducción histórica, sino que constituyen simplemente un conjunto de afirmaciones –una política para el imperio, más que un concepto del imperio– derivadas de las circunstancias del momento. La rehabilitación del imperio se lleva a cabo con un brío más flamante en la angloesfera, donde escritores como Ferguson o Kaplan pueden emprender con un estilo más fastuoso la defensa e ilustración del *imperium* estadounidense. Pero Europa está produciendo ahora su propia cosecha de apologistas que explican la necesidad de un imperio subalterno en el Viejo Mundo, lealmente subordinado al jefe supremo global del Nuevo. Ya no se trata de voces marginales. El teórico pionero de la actual misión imperial de Europa, Robert Cooper, ha sido –sucesivamente– consejero de Seguridad de Blair en Downing Street, de Prodi en Bruselas y ahora del errabundo Solana. Münkler ofrece una versión alemana de la misma visión desde Berlín. Su proyecto, *mutatis mutandis*, se podría comparar con la apuesta de Carl Schmitt a finales de la década de 1930 para resituarse políticamente, con textos sobre un *Grossraumordnung* adaptados a las preocupaciones de las autoridades. La nueva UE proporcionará un amplio espacio para tales ejercicios.